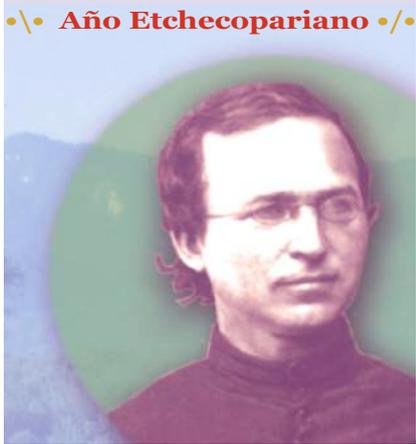


•\• Año Etchecopariano •/\•



El Padre Etchecopar, un hombre de Esperanza

P. Gaspar Fernández Pérez scj

1. El Catecismo de la Iglesia Católica define así la esperanza: *La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo* (Cat. I. Cat. 1817).

En el n. siguiente, 1818, describe los efectos de la esperanza en estos términos:

corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre;

asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres;

las **purifica** para ordenarlas al Reino de los cielos;

protege del desaliento;

sostiene en todo desfallecimiento;

dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna.

El impulso de la esperanza **preserva** del egoísmo

y **conduce** a la dicha de la caridad. (Cat. I. Cat. 1818)

2. Siguiendo estas indicaciones fui leyendo las Cartas circulares del P. Augusto Etchecopar y fui encontrando estos rasgos de la Esperanza en el P. Augusto, en las cartas que hablan de la situación de persecución que vive la Iglesia de Francia en ese momento, en las necrologías que va haciendo de los religiosos que van muriendo, en el deseo de mantener vivo el carisma del P. Garicoits en su momento histórico y en el futuro.

3. Escribe a los Padres y hermanos de América, interesándose con realismo por todo lo que están viviendo durante las vacaciones escolares. Está ansioso por saber que todo contribuye al bien de todos los religiosos y para mayor alabanza de la Virgen María. Les informa sobre la amenaza que supone la revolución para Francia, pero siempre con esa actitud abierta que tan bien expresa el ¡Adelante, adelante! Y confiando en la protección de la Virgen María:

Les deseo buen final de vacaciones y buen comienzo del año escolar, para mayor gloria de nuestra santísima Madre del Cielo a la que debemos tanto.

La revolución nos amenaza cada vez más en Francia... Sed si Maria Virgo pro nobis, quis contra nos? ¡Adelante, adelante! Espero con impaciencia noticias del retiro, de las ordenaciones, de las vacaciones, de todo lo que haya contribuido a renovar a nuestros bien amados hijos... Sint sani, sciis, sancti! Ad majorem Virginis gloriam! (A los Padres y Hermanos de América, 3/1/1880)

4. La fidelidad a los compromisos de la vida cotidiana, en medio de “la angustia de la hora presente”, llena de felicidad el corazón del P. Augusto y de una paz profunda a todos los religiosos. Se trata de una gracia preciosa, que se les concede por vivir en la caridad y en la unión de corazones. Todo eso es una prueba de que Dios está con ellos.

Mi corazón está repleto de felicidad. En medio de la angustia de la hora presente la paz más profunda se mantiene en sus inteligencias y en sus corazones; ustedes trabajan en su lugar,

sin preocuparse por el mañana, descansando con confianza en la bondad del Padre Celestial y bajo la mirada de sus superiores.

Esta disposición es una gracia preciosa. En primer lugar, desde el punto de vista mismo de la sabiduría humana, nada contribuye más a la salvación del barco en tormenta como la calma y la concordia en las maniobras y el mantener el orden en la unidad de los mandos y la prontitud en la obediencia.

Por eso, nada atrae mayores ayudas desde lo alto que la caridad y la unión de espíritus y de corazones. Y, si Dios está con nosotros, hará que todo se vuelva para nuestro mayor bien. (Cc., -/6/1880)

5. El P. Etchecopar informa con todos los detalles de la persecución que han vivido ya algunas congregaciones (los Padres del sagrado Corazón de Toulouse, los Padres de Lourdes) y el Cardenal Arzobispo de Toulouse. En ese ambiente de persecución, las comunidades de Betharram están a salvo aunque con miedo, por los rumores que corrían por la comarca, proclamando también la intervención de Betharram.

Se dijo que tuvieron miedo de irritar demasiado la opinión pública si nos golpeaban. Es posible; en todo caso, recibimos un favor de los más preciosos de nuestra divina Patrona... Por algún tiempo, seguimos de pie, para santificarnos y santificar las almas, para prever las nuevas pruebas que amenazan la religión y para prepararnos. (A los Padres y Hermanos de América, Betharram, 18/11/1880)

6. En la misma carta, el P. Etchecopar entra en el detalle del análisis de la situación: Las dos Cámaras han confiado al Gobierno ejecutar las leyes más persecutorias que buscan anular los derechos de los religiosos, limitar la acción de los Obispos, minar la constitución de la Iglesia. Se trata de un trabajo muy bien pensado para disolver la vida eclesial. El P. Etchecopar termina su narración, llamando a la ayuda

del Señor y a la fidelidad a las exigencias que plantea la realidad pastoral, con estas palabras de esperanza:

*Que el Señor nos ayude... que tenga piedad de nosotros.
Multipliquemos nuestra humildad, el celo, la entrega a su
servicio. Los días son malos: santifiquémonos nosotros mismos y
a los demás con temor y temblor. Están espiando nuestros
mínimos movimientos; ya fuimos calumniados dos veces frente al
Obispo en muy poco tiempo.*

Recen por nosotros, queridos Padres y Hermanos.

(A los Padres y Hermanos de América, Betharram, 18/11/1880)

7. Ante la constatación de que otros Institutos han sido Perseguidos y nosotros nos mantenemos intactos sin que se pueda comprender por qué, el P. Etchecopar invita a los religiosos betharamitas a vivir una esperanza activa con la responsabilidad de realizar bien los deberes pastorales, que a otros se le ha prohibido, para el bien de las almas.

*Entremos, queridos Padres y Hermanos, entremos cada vez más
a fondo en ese divino Corazón donde encontramos: la salvación,
el consuelo, la gloria. (San Bernardo):*

La salvación para todos nuestros pecados.

Los consuelos en todas nuestras penas.

La gloria eterna, como recompensa.

*Entremos en ese Corazón siempre abierto, abierto por nosotros,
para nosotros que estamos especialmente encargados de
descubrir sus tesoros al mundo, con nuestras palabras y sobre
todo con los ejemplos.*

*Para nosotros que tenemos ese deber, sobre todo ahora que
fuimos preservados como por milagro por un tiempo, por lo
menos, entre tantos Institutos aniquilados, preservados, diría yo,
para relevarlos lo mejor posible, para practicar, en su ausencia,
esas virtudes religiosas de las que daban tan admirables
ejemplos.*

[...]

¡Oh! eso es para nosotros un deber muy grande.

¿Por qué estamos de pie, entre tantas ruinas amontonadas?

¿Por qué durante algunos meses, tal vez más tiempo, se nos concederá vivir en nuestras diversas casas y especialmente en la Casa Madre, las alegrías de la vida comunitaria que son realmente un anticipo de las delicias del Paraíso?

¿Por qué? Si no para ofrecer a Dios, en ausencia de tantas santas víctimas expulsadas, el holocausto de la castidad, de la pobreza, de la obediencia que quiere tanto; si no para ofrecerle el culto por excelencia que es el cristianismo perfecto religio nihil aliud quam holocaustum. (S. Tomás)

(A los Padres y Hermanos de América, Betharram, 18/12/1880).

8. El P. Etchecopar tiene una mirada muy positiva hacia las comunidades de Francia, después de la visita que acaba de hacer el P. Pierre Barbé. En ese tono optimista, el P. Etchecopar pide a los Superiores de las comunidades que en las conferencias semanales mantengan vivo ese espíritu para no salirse de camino del Fundador y alcanzar el fin de nuestra vocación y el del Instituto. El P. Etchecopar termina con el comentario a una cita de una carta del P. Garicoits del 31 de octubre de 1861¹:

“El medio para fundar, resucitar, guiar las obras, es de ser y de mostrarse ‘perfectos auxiliares de Jesucristo obediente’. Insistan en eso, agregaba, insta in illis. ¡¡¡Que todos sean y se muestren siempre ‘auxiliares perfectos’, nunca estorbos, obstáculos para el Sagrado Corazón de Jesús y para sus superiores!!! Que Dios les dé esa gracia”. (Cc., A las Casa de Francia, Pau, 1/3/1886)

A continuación de la cita de la carta, el P. Etchecopar hace el siguiente comentario lleno de esperanza. se trata de una esperanza con parresía, enérgica, activa y combativa contra la mentalidad liberal de la sociedad. La esperanza se expresa muy bien en la divisa del P. Garicoits, ¡Aquí estoy, Adelante!:

¡Qué profundidad de contenido y qué forma! ¡Qué energía y qué precisión!

¹En la correspondencia de San Miguel Garicoits no encuentro esta carta, con esa fecha.

¡Qué sentimiento y qué acento en esas palabras subrayadas, en esos tres puntos de exclamación!

Ah! Ese buen Padre no podía olvidar las lágrimas que había visto brotar de los ojos de varios obispos, desolados por el espíritu de independencia y de crítica, lamentablemente tan expandido incluso dentro del clero.

Por eso, declarando la guerra a muerte a ese liberalismo que juzga, que se ríe, que desobedece, que se rebela, etc., etc., del cual incluso los buenos están infectados, había consagrado toda su vida a formar una Sociedad que sólo contaba con instrumentos que pasan desapercibidos (effacés) y se entregan (dévoués), teniendo como lema: ¡Aquí estoy. Adelante!

Oh! marchemos, Padres y Hermanos, marchemos sobre esas huellas tan luminosas, tan gloriosas. Y que el Corazón de Jesús nos dé la gracia de ser y de mostrarnos perfectos auxiliares para el mayor honor de su Divina Madre, ad maiorem Mariae gloriam.

Imploramos este favor inmenso, durante este mes de marzo por la intercesión del muy glorioso San José.

(Cc., A las Casas de Francia, Pau, 1/3/1886)

9. La Carta circular de Betharram del 30/5/1887 es la noticia necrológica del P. Eugène Buzy, que acaba de morir. Hace sus elogios como un religioso fiel y nos transmite una importante reflexión sobre la esperanza Cristiana. La esperanza que confía en las promesas del Señor, en quien descansaremos en paz. Eso será el premio de haber vivido unidos a Jesús y a María y perseverando en nuestra vocación durante toda nuestra vida.

¿De dónde viene, Padres y Hermanos, esta paz, esta serenidad frente a la muerte, frente a la eternidad, que notamos con una sorpresa consoladora y siempre nueva en estos hermanos nuestros que nos preceden a la tumba? Evidentemente, de la esperanza singular que Dios prometió darnos con nuestra vocación, por una gracia especial del Sagrado Corazón de Jesús y el amor de predilección de la Santísima Virgen: Quoniam tu Domine singulariter in spe constituisti me.

¡Cómo debe esperar un ferviente religioso del Sagrado Corazón y de nuestra Señora del Calvario, fiel a todos sus deberes y que persevere en su vocación hasta la muerte!

[...]

Entonces, ¿es extraño que su alma, al dejar el cuerpo, en ese impulso de fe, de esperanza y de caridad, haya dejado en su frente y en todo su semblante el sello de la paz y haya impreso la calma pura y suave propia de un niño que descansa en los brazos de su madre? In pace... etc.

Esto, esto, Padres y Hermanos, es para nosotros también un gran motivo de esperanza. Haec maxima fiducia mea, haec tota ratio spei meae!

Y nosotros también, algún día, sostenidos por la misma gracia, experimentando la verdad de las promesas celestes, dormiremos en paz en los brazos de la misma esperanza.

¡Oh! ¡Qué dulce será reclinar nuestra alma sobre el pecho del Salvador, sobre el corazón de nuestra buena Madre. Pero sólo puede ser a condición de permanecer siempre entregados a ellos durante la vida, y de perseverar hasta la muerte en la gracia insigne de nuestra vocación! (Cc., Betharram, 30/5/1887)

10. El P. Etchecopar manifiesta siempre su esperanza en medio de las situaciones de prueba. En todas las comunidades y en todas las misiones encontramos dificultades. Ante esas situaciones, dice el P. Etchecopar que hay que entregarse más haciendo el mayor bien posible, después callar y esperar se silencio la salvación de Dios. Todo esto con los ojos puestos en el misterio de la Pasión de Cristo, el Calvario y en el Ramo salvador que nos tiende la Virgen.

Las pruebas no nos van a faltar: en todas partes, en la Casa Madre, en las Residencias, en la obra de las Misiones y en la enseñanza, hay muchos vacíos que llenar, por falta de personal suficiente. Tratemos de suplir a eso, lo menos mal posible, ayudándonos unos a otros, multiplicándonos, yendo adonde el bien general nos llama. Hecho esto, sepamos callar y esperar en paz la hora de Dios.

Sin embargo, aplíquense, se lo suplico, con todas sus fuerzas, a crecer en la piedad que es útil para todo: Pietas ad omnia utilis est (1 Tim. c. 4) y en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, fuente de tesoros infinitos. Y en estos días malos, en los que el infierno nos ataca con furor, mantengamos nuestros ojos levantados hacia nuestro querido Calvario y no dejemos un instante el Ramo Hermoso que nos tiende nuestra Madre; sí, nuestra Madre, nuestro Todo, después de su Divino Hijo: porque todo lo que hay en ustedes de honesto, de amable, de luminoso, de generoso, de puro ¿de quién lo recibieron si no de la Santísima Virgen, nuestra Señora de Betharram?
(Cc., A las Casas de Francis, Betharram, 1/3/1885)

11. En otra carta el P. Etchecopar nos presenta al P. Garicoits como un testimonio genuino de esperanza. Nos revela la condición pascual del P. Garicoits, discípulo de Jesús resucitado, siguiendo su misma suerte tanto en la cruz como en la gloria. Para esto el P. Etchecopar glosa las palabras de Jesús a los peregrinos de Emaús: “¿No convenía que el Mesías padeciera para entrar en su gloria?”. Se trata de la situación complicada del P. Garicoits al final de su vida: mantiene una obediencia heroica al Obispo de Bayona, corriendo el riesgo de la disolución de la Congregación, pero confiando que si ésta era obra del Sagrado Corazón y no suya, iba a sobrevivir.

¿Cómo tuvo que sufrir, especialmente en esas horas en que, como último rasgo de semejanza con el Señor, verá amenazada la existencia misma de su obra y en que todo parecía perdido del lado de la tierra y del lado del cielo!

Entonces, sobre todo, con los ojos fijos en la Cruz, invencible en su fe y sus esperanzas, respondió a todos los presagios siniestros:

“La Congregación es la obra de Dios; él la fundó; él la conservara y la hará crecer a su servicio y en su amor”.

¿Se equivocó? Y el Cielo, ¿no se encargó de responder y de glorificar a ese gran amigo de la Cruz? Et ita intrare in gloriam suam. ¿Qué es esa gloria? Para mí, es en primer lugar la fama de santidad, la concurrencia entusiasta alrededor de su tumba; además, la triple aprobación del Instituto, pronunciada por los

*Soberanos Pontífices, incluyendo los elogios más grandes;
Amplissimae laudis Decreto condecorari mandavit.*

*Faltaban las Constituciones, donde se indica el fin del fundador,
los votos y las virtudes características de su obra; surco
luminoso que marca el camino, fuente abundante y siempre
abierta de vida y de entrega.*

*Analizadas con el filtro de un largo y severo examen, acaban de
ser aprobadas; como Doctor y Pastor Universal, en el ejercicio
de su sagrado Magisterio, el Papa se pronunció sobre su bondad
y su excelencia; y, revistiendo cada uno de sus artículos y el
conjunto con su autoridad y su sanción soberana, por un lado las
recomienda al mundo como un Código religioso digno de ser
abrazado y, por otro lado, nos las da a nosotros mismos como un
camino seguro para avanzar en la perfección de nuestro estado.
¡Qué gloria para nuestro Padre! ¡Qué gloria también para sus
hijos! A condición, sin embargo, de que caminen sobre sus
huellas y que, como él, por la Cruz, lleguen al triunfo.*

(Cc., Betharram, 15/15/1890)

12. El P. Etchecopar hace un gran llamado a la esperanza a los padres y hermanos de América. Ellos son discípulos de Jesús y como él, tienen que pasar por la humildad, el trabajo y los sufrimientos. Estas características son la originalidad de la obra del Fundador. Esto hay que vivirlo en las pruebas que nunca van a faltar. De esa manera tienen que pasar desapercibidos (*effacés*) y entregarse mucho más (*dévoués*), sobre todo si se consigue lo que se busca. Para eso no hay que estar orientados por los deseos de la tierra, sino por los del Cielo.

*Sí, mis amigos, hijos del Pesebre, de Nazaret y del Calvario,
doblemente marcados con el signo de Nuestro Señor Jesucristo
con el sello de Betharram, con el sello de la colonia y de San
José, tendrán que pasar siempre por el sendero estrecho de la
humildad, del trabajo, de los sufrimientos; esta es su herencia,
esta es su gloria y la de la Congregación; tiene que serlo
también, en las pruebas que siempre renacen y son siempre
nuevas, la fuente de una inmensa consolación y el principio de
un coraje indomable, porque tienen que decirse a si mismos: Así*

hicieron nuestros Padres, preparando entre lágrimas una prodigiosa cosecha; así tú debes siguiéndolos, fecundar tu surco, pase lo que pase o, más bien, en la esperanza de un bien del que Dios se reserva en secreto, pero que se va a dar en su momento. Y podrán agregar que, con ese noble desapego, van a realizar el deseo de nuestro Fundador; se mostrarán, y lo serán realmente, sus verdaderos y legítimos hijos: que pasan desapercibidos y se entregan... Pasan desapercibidos siempre en el corazón, en medio del éxito, diciendo con espíritu de verdad, en presencia de la verdad misma: Servi inutiles sumus; somos siervos inútiles. Y si el éxito engaña esfuerzos, doblemente desapercibidos, pero nunca abatidos, nunca vencidos; sólo es derrotado, sólo está por el suelo aquel que tiene el alma dominada por los pensamientos de la tierra, pero nunca el alma que domina toda la tierra con el pensamiento del Cielo y con la vida del cielo: conversatio nostra in Coelis est.

(A los Padres y Hermanos de América, Belén, 12/12/1892)

13. En otra carta, el P. Etchecopar, haciendo la necrología del joven P. François Lacrouts muerto a los 30 años, se propone edificar a todos los religiosos de la Congregación “con el relato de sus virtudes”. Ponemos nuestro foco en lo que dice sobre la esperanza en el cumplimiento de las promesas de felicidad hechas a los discípulos de Jesús, que viven, sufren y mueren como él. A esa felicidad somos llamados por la misma ternura de Dios :

Desapegado de sí, tan perfectamente, (el P. Lacrouts) hizo sin dudarle el sacrificio de su vida a su Dios y aceptó, los últimos sacramentos tan proto se los ofrecieron: “Puedo morir hoy o mañana; no me hago ninguna ilusión, sobre eso; sin embargo, me siento tan tranquilo que tengo miedo de que haya en eso, alguna trampa del demonio”.

Uno de nuestros apóstoles más venerables, el P. Fondeville, manifestaba más o menos en los mismos términos, los sentimientos que lo animaban, en el umbral de la eternidad.

¡Oh, gracia insigne! ¡Oh, paz! ¡Oh, confianza prodigiosa! Sí, muy seguramente fue la realización de las promesas más misericordiosas y más formales del Corazón de Jesús.

¡Oh! Feliz por la bondad de Dios y mil veces feliz, a pesar de su pequeñez, nuestra Congregación en la que la juventud se encuentra con los ancianos más santos para vivir, sufrir y morir con toda seguridad, en el muy santo, muy amable y muy amoroso Corazón de Jesús.

Felices, mil veces felices todos nosotros, Padres y Hermanos, si llamados por la misma ternura de Dios, lo mereciéramos con la misma humilde y constante fidelidad.

(Cc., Betharram, 30/11/1895)

14. En la última Carta circular escrita en Betharram el 1/11/1896, el P. Etchecopar comunica a todos los religiosos las actas del Capítulo que acaba de celebrarse. Les informa de otros trabajos que tienen pendientes para los cargos de Directores de Estudios y Disciplina de los colegios Y les pide oraciones por el P. Lullier a quien han nombrado visitador de las comunidades de América, por la buena marcha del proceso del “Fundador y Padre” y termina la carta con un gran acto de esperanza cristiana en la felicidad del Cielo:

Con ese objetivo y para ir al Cielo, que la Octava de Todos los Santos mantiene abiertos sobre nuestras cabezas, unamos a nuestras oraciones, nuestras obras, dignas de nuestra profesión, una vida digna del Cielo.

Consideremos atentamente la felicidad de nuestros hermanos que, desde aquí mismo, subieron hacia la gloria. Que su recuerdo nos anime, nos inflame; caminemos sobre sus huellas y, como ellos, con la misma fidelidad, después de haber compartido sus combates, llevaremos la corona y llegará esa hora bendita en la que, con ellos, disfrutaremos del eterno descanso, veremos a Dios, amaremos a Dios, alabaremos a Dios. Feliz final que no tiene fin. Ibi vacabimus et videbimus; videbimus et amabimus; amabimus et laudabimus: ecce quod erit in fine, sine fine (S. Aug., De Civ. Dei lib. XXII, 30).

Los textos citados del Padre Etchecopar nos dejan bien claro que la virtud de la esperanza es un talante con el que los discípulos de Jesús encaramos todas las realidades de la vida, los momentos buenos y los momentos malos, con la certeza de la promesa de felicidad que prometen las bienaventuranzas evangélicas. Esta bienaventuranza es el fin al que se orienta nuestra vida y que nos permite no hacer nido en ninguna experiencia humana. Es el talante que se desprende del seguimiento de Jesús, que con su Corazón traspasado, agrada al Padre, haciendo su voluntad, sin detenerse en agradarse a sí mismo en nada. Cada acontecimiento y cada encuentro gozoso o doloroso nos hace madurar, crecer en ese proyecto que el Padre tuvo al crearnos. Respondiendo siempre a ese proyecto fundante también nosotros agradamos al Padre haciendo su voluntad y vamos siempre adelante (*En avant toujours*). Vamos pasando, como Jesús, por el mundo haciendo el bien y soportando el mal con fidelidad al amor que nos ha manifestado, atraídos por la participación que nos da ya en su Resurrección, desde el día de nuestro Bautismo.
